LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO„

NOCTURNO

¡Alma, como ardían los luceros del cielo del trópico
en esa noche funeral,
cuan sangrienta era la luna,
cuán blanca la láctea vía sideral
y cuán lleno de dolor el requien
que vertía en la noche el rumor del mar;
cómo lloraba todo,
y tú no podías llorar.

La vida estaba suspensa,
como en la eternidad,
tú no sabías si estabas soñando,
si era un doloroso recuerdo que venía a sollozar,
si tu vida se iba, sin saber de donde
la venían a llamar.
Del dolor y de la angustia
era todo más allá,
y, sin lágrimas ni suspiros,
esperabas, sin saber qué esperar.

Lenta pasaba la sombra
de la nocturnidad,
y las palabras que no decían nada
tomaban aspecto trascendental.
Cada paso, cada rumor, cada hoja caída
eran como un alma que se va.

De pronto se hizo la luz dolorosa,
y aun así no podías llorar.

Te ví, toda pálida,
ir hacia otra palidez mortal.
Tenía suelta la cabellera
y su muerta alegría parecía suspirar
en el pecho en que la angustia
no palpitó jamás.

Tú me dijiste entonces: Lo que pude vivir ha pasado,
lo que soñé, ya nunca ha de llegar.....!
Estabas tan triste que llorabas,
y yo no pude llorar.

ENRIQUE BUSTAMANTE y BALLIVIAN.

Zorrilla de San Martín

Hace veinte años que vi por la primera vez a este admirable uruguayo. Los que le conocen me han dicho que, hoy como antes, anima un espíritu encendido y palpitante aquel cuerpo que crece al resplandor de la frase oratoria, aquella cabeza de tribuno, aquella cabeza de poeta. Y como vive de fé y respira esperanza, se diría que una inagotable juventud conserva firmes sus nervios, airoso su gesto, cálida y vivificante su palabra, toda energía y ritmo.

Le recuerdo en días de triunfos y de gozos, entre fiestas y pompas españolas. Las delegaciones de las repúblicas americanas contaban, como era de razón, sobre todo las tropicales, con sujetos verbosos y hábiles para el discurso; pero en conjunto, no podíamos presentar delante de un Castelar, sino al delegado uruguayo, a la sazón Ministro de su país ante S. M. Católica. A su fama asentada de gran poeta unía el dominante prestigio de una elocuencia, si a veces harto fogosa, por lo mismo plenamente representativa de nuestros entusiasmos y vivacidades continentales. Su negra y copiosa cabellera se agitaba en la conmoción de las arengas; el brazo diestro se alzaba como arrojando, como esparciendo, como regando las oraciones; los ojos, la máscara toda, contribuían a la conquista de los auditorios; y un común orgullo nos producía a los neomundiales la victoria de aquel hombre generoso y lírico, que había cantado al épico charrúa Tabaré, y saludaba en vibradores y musicales períodos, en nombre de las naciones nuevas, a la regia, decaída y maternal España. Con **Tabaré** y con la **Leyenda Patria** — que celebraran poetas como Olegario Andrade, autoridades como Paul Groussac — se colocó Zorrilla de San Martín en el escaso número de los grandes líricos americanos. Se ha dicho que siempre en el poeta aparece la amplitud, la exuberancia oratorias. No olvidemos que ello es una característica de Víctor Hugo y, más cerca y no a tantas alturas, de Núñez de Arce. Es una elocuencia llena de lirismos, y esto lo admiramos hasta en el mismo viejo Esquilo. Cuando en mi primaveral juventud llegó a mis manos el poema épico lírico del célebre uruguayo, me impresionó por su belleza armoniosa, y por el contagio entusiástico de lo que antaño se calificaba con el nombre de "inspiración". En **Tabaré** — "ese extraño y hermoso poema, con el que acaso sean más justicieras que las actuales las generaciones que vendrán" — según el decir de un meditativo y decoroso pensador que brilla en la juventud uruguaya, Amadeo Almada, encontré, en días en que aún imperaban endémicas doctrinas, una novedad sana y un sentido de musicalidad honda y trascendente, que venían de la influencia de un poeta "menor", pero de los más dignos de admiración y amor en la España del siglo pasado: Bécquer. "Mi Gustavo Bécquer, genio amable y querido, despertador de mi adolescencia poética", dice Zorrilla de San Martín en una confesión reciente publicada en **Mundial**. Había, en efecto, un eco del arpa de Bécquer, pero sinfonizado en un órgano, que se diría hecho de las más robustas y sonantes cañas y bambúes de nuestras selvas americanas.

Tabaré fué celebrado en España y en toda la América latina con loas y palmas merecidas.

Zorrilla de San Martín reconoce el perjuicio que posteriores correcciones causaran a su obra... "Quise quitar ¡pecador de mí! ingenuidades en una obra ingenua; quise razonar". Sí, su obra es ingenua como una planta, como una flor, como el agua de un manantial, y ella guardará el frescor y el perfume de la más grata estación de su existencia.

También ha citado estos conceptos de Carlyle referentes a Dante: "Si vuestra composición es auténticamente musical, no solamente en la palabra sino en el corazón y en la sustancia, en los pensamientos y articulaciones, en toda la concepción, entonces será poética; mas no de otra manera. ¡Musical! ¡Cuánto se encierra en esta palabra! Un pensamiento musical es el que ha penetrado hasta lo más íntimo del corazón de las cosas, y puesto al descubierto lo más recóndito de sus misterios...."

RUBEN DARIO.

Elogio a una morena

Con lento paso rítmico y gallarda apostura
la armoniosa silueta de tu imperial figura
triunfante va por el salón
y murmullos de elogios a tu beldad notoria
cantan a la sordina tu espléndida victoria,
himnos de amor y de emoción.
Porque tienes la gracia del cisne que navega,
la línea poderosa de una escultura griega
y hay un encanto turbador
en el gesto solemne de tus manos tranquilas,
en la ingenua ternura de tus grandes pupilas
plenas de luz y de candor.
Debiste ser la reina de algún reino lejano
o la sacerdotisa del temeroso arcano
de un rito exótico oriental,
pues hay en el misterio de tu mirar discreto
algo de amor sublime o un sublime secreto
guardado en tu alma de vestal.
Si no eres una diosa, eres una diablesa
y hubo un infante loco que perdió la cabeza
en el afán de descifrar
el signo incomprensible de tu vaga sonrisa,
como la de la esfinge, eterna e indecisa,
con la piedad de nunca amar.
Sobre tu comba frente vaga como una aureola
el vigor implacable de la raza española
y evoca el mágico pincel
de Goya, que al mirarte te pintaría completa;
—junto al negro prestigio de una enorme peineta
la mancha roja de un clavel.—
En los tiempos heróicos tú fueras la infanzona
ante quien se rindiera la gloriosa tizona
de algún hermoso paladín,
que combatiera en Flandes y un Perú conquistara
y trajera pavones maravillosos para
la pompa azul de tu jardín.
Y así serena y alta, como fué Juno un día,
derrochando el encanto de tu melancolía
pasa tu lánguido perfil
y en mi recuerdo queda tu silueta divina,
como en el fondo oscuro de una antigua vitrina.
luce una estatua de marfil.

WENCESLAO PAREJA.

LA EMPEDERNIDA

(Del libro inédito "Telas Aureas")

—¿Ha oído usted, señora, hablar de las lavanderas de Gascuña?

—¿De aquéllas que son capaces de soltarle un palo a un santo?

—Esas.... ¡Qué hembras tan atroces! Son lo más bravío, estupendo, abracadabrante, que produce la famosísima tierra en que vió la luz Cirano de Bergerac, cima y espejo del matonismo de noble prosapia. De estas terribles Evas hay cada conseja que bien pudiera, como las tragedias esquilianas, hacer estremecerse los fetos en el seno de las mujeres.

—Jesús ¡que horror, joven! No exagere usted.

—Pero si usted mismo acaba de decir que estas euménides pueden tenérselas con un santo ¿qué mucho que yo vaya hasta creer que sus hechos conseguirían llevar el pavor a los claustros en que la pasamos encunados, viviendo a expensas de nuestras fidelísimas madres? No se inquiete usted, que si las lavanderas de las márgenes del Garona pueden hacer todo esto, úna que conozco, que tal vez tiene el honor de impregnarse las rudas manos en el perfume de rosas mustias de la ropa de usted, que no nació en ese distante país de lo anormal y funambulesco, no sólo le daría de mojicones a un varón del Señor y causaría más estragos que un drama de Esquilo, sino que va a ver usted lo que ejecutó en mi presencia con un cinismo que deja chiquito al de Diógenes, de quien se refieren maravillas en materia de frescura e impudencia.

—Veamos cómo. Y disculpe usted si puse en duda la fe que siempre me han merecido sus palabras. Pero convenga usted en que la cosa era muy fuerte para dicha así ligeramente, a la primera de cambio, sin esos púdicos rodeos, sin esas honestas ropas que nos ocultan las crudezas de lo burgués, la mancha sanguínea, el delito, el pecado...

—Y usted es quien me lo reprocha así, asombrándose como una monjita de poblacho serraniego, con un melindroso entornar de ojos vacunos, con la tentadora esquivez de bruja que se retira a lo más oscuro de su antro, estremeciéndose en los espeluznos femeninos de una crueldad dulce? Usted que tiene quehaceres con Madame Rachilde, que sabe de lo que tapan la tierra y el vestido, que le ha echado hondas miradas de luz blanca, fragante, sutilísima, luz psicológica, a la cuba en que se agitan con hervor de cultivos las internas expansiones, es la que ahora me va a medir con el rasero de la gazmoñería, a mí que la conozco y admiro como a mujer fuerte y sincera, y que, a pesar de todo lo que usted quiera ver en mi franqueza, estoy muy lejos todavía de ese audacísimo Crudeli que en el diálogo célebre de Diderot le decía al oído a todo una mariscala, que preguntara a su confesor qué le parecía más atroz, si orinarse en un vaso sagrado o empañar la reputación de una mujer dignísima? Hermoso está su azoramiento, digno de un párrafo de La Bruyére, pero yo, devotamente, lisamente, seguidamente, le voy a narrar lo que hizo la **Empedernida**, una vieja de rompe y raja muy capaz de meterle el reguello a cualquiera de esos tudescos de aspecto de vestigio q' caen haciendo temblar la tierra de Francia, una imponente figura de largas trenzas grises que, como dijo el galantísimo Zorrilla pintando a una fermosa de antaño,

le medían en pié la talla entera.

Oid, señora, la historia de esta mujer diabólica:

* * *

Era Maclovia una cuarterona de muchas libras, alta y sólida, fea con la adustez de una alegoría mitológica, como la Gorgona, picotera hasta desvanecerse cuando era cosa de hincarle el colmillo al prójimo, más camorrista que un gallo, y avara al extremo de despedir a los pobres que llegaban a su chozuela que tenía aspecto de madriguera de víbora, con esta fórmula brutalmente sarcástica: "Toque, hermano, en la puerta de al lado, en donde dan dos!"

Maclovia había lavado mis pañales, y por esta circunstancia se permitía llamarme con pesada familiaridad "Pachito". Yo, cuando no conocía las vilezas de su carácter, la miraba con cariño qué la muy ladina explotaba recordándome siempre las delicadísimas atenciones de que fuí objeto para mi adorada madre en aquella encantadora alba de la inconsciencia que el poeta de EL ARTE DE SER ABUELO llama "rosado levante de un astro nuevo", y de la que, no sé si con razón o sin ella, un pensador chino creía que no salíamos sino al entrar en la vida del espíritu puro... Largo tiempo logró Maclovia pasar a mis ojos como una lavandera modelo, porque ni podía oponerle los **peros** que nuestro saladísimo compatriota Federico Proaño le halló a Doña Casimira Izquierdo, **mengala** guapa y airosa que tenía en la ciudad de los Virreyes el oficio de lavar, ni supe de Maclovia que con otros parroquianos hubiese sacado las uñas que conmigo se guardaba de mantener escondidas en la felpa grisácea de la pata juguetona...

Pero quiso la mala fortuna de esta terrible anciana que un buen día la sorprendiese yo gastando sus torpes burlas con un demente que rodaba por las calles pidiendo limosna, y desde entonces cesaron las dudas que me habían sugerido ciertas informaciones del barrio en que habitaba mi lavandera, formé una opinión exacta de su psíquis horrible, tarada, cruel, y cuando se me acercaba con melindres de gata casera en solicitud de "piezas" que lavar, mi sequedad o mi silencio le hacían retroceder murmullando una excusa, quizás maldiciéndome entre dientes, jurándome una de esas sordas y frívolas represalias de las plebes fanáticas que acuden al arma embotada del "daño" para abatir la soberbia de los "blancos"...

Una tarde en que me paseaba por la barriada N., sin pensar en las fechorías de Maclovia, con la frente batida y aereada a los soplos del viento del ensueño, los chillidos de una tira de arrapiezos parados en frente de una casucha, de un verdadero hueco en la maleza, me sacaron de las meditaciones en que se esparcía mi espíritu. A la puerta de la cabaña ladraban los perros del campo, alzando los hocicos al cielo listado de oro y grana. Un enguatado olor a heno fofo y a cálices silvestres, flotaba en el ambiente fresco, dando la impresión agradable de que estábamos en los lindes de la ciudad con la campiña. A lo lejos perfilaban sus agujas los campanarios, tocando unísonos el Angelus, cuyas notas dulces y tristes morían en el aire con rumores de sollozo. **Ora pro nobis**...

¡Qué salga la vieja, la bruja, la **Empedernida**! ¡Deja la perrera, Maclovia! ¡Afuera la mujer del diablo!... Tales eran las voces de los gandules plantados en corro en mitad del camino que conducía a la población. Los perros seguían aullando lúgubremente, como que anhelaban dejar salir ese no sé qué bárbaro y extraño que no es la palabra, sino más bien una trituración de ella, especie de jerga rechinante en la que hay uno que otro sonido articulado, y que nos refieren las hagiografías que fué el habla del centauro que platicó con San Antonio en el desierto y de los perros cantantes que oyó San Pablo. En la chozuela habían ajetreos de fieras acorraladas, respiración de fragua en actividad, topar de hocicos y lomos...

Sentí asco, cólera, pena, caridad, todo a la vez, por esta alma precita, e iba ya a emprender el regreso a la ciudad, cuando advertí que se acercaba un hombre, un caminante que apenas podía tenerse en pie de fatiga. Lo esperé. Tenía la cabeza al descubierto, y la brisa alborotaba su crinera rubia y luenga que caía en bucles sobre un rostro enjuto de aldeano acomodado que ha visto, como los grandes varones sufridos de la Biblia, desaparecer en poco tiempo hogar y hacienda. Sus ojos eran azules y tristes. Sudaba hasta creerse que salía de una inmersión en un mar de lágrimas. Tal vez su llanto era para adentro. Aún me recuerdo de la infinita desolación de esas miradas de negro las mejillas pálidas y lacias.

Uno de sus piés, saliéndose de los zapatos raídos, sangraba.... El viandante se apoyó para no caer en su bordón hecho de una sólida rama en bruto desgajada de un roble.

—Difícil es, le contesté, al mismo tiempo que tendí la mirada por todo el verde mágico del paisaje. La ciudad está distante, anochece, hace frío -ya, pero aquí, enfrente, detrás de esos plátanos, hay una mala mujer, una verdadera diablesa que puede que se apiade de vuestra dolorida traza y os dé un vaso de agua. ¿Queréis probar?

—Vamos, exclamó secamente el hombre.

Y a poco pasó encorvándose, porque era bastante alto, bajo los mugrientos umbrales de la choza de Maclovia, y yo me quedé escondido observando la entrevista de un santo con una bestia, entre las foglias sonorosas del platanal cargado de maduros racimos de ese fruto que se ha dado en llamar por sarcasmo el "pan del pobre". Del interior de la casucha sórdida me venía atenuando por los bálsamos de la tarde un vago tufillo de labriega sucia. La escena que presencié era digna del negro y gris de Goya, o de la carne de mármol en tormento de Miguel Angel. Era un diálogo entre una araña monstruosa y un cisne que hubiera manchado su nieve en los légamos de la orilla.

En el patio, Maclovia, y dos camaradas de oficio, como élla, feas y picudas, lavaban en anchas tinas entre una murmuración sangrienta y una bocanada de humo de sus puchos. El caminante las saludó con humildad, y de las seis bocas irregulares y abiertas, "como de zapos con sed", bocas-zuecos, bocas-buzones, repletas y regurgitantes, partieron las saetas envenenadas del sarcasmo truhanesco que hacen temblar el pellejo del más esforzado. En los ojos de las furias la alegría serpeaba como un haz de aceros en molinete. Y cayó la lluvia de puntas sobre el menesteroso, así, abrumándolo, a mansalva:

—Si os urgen la sed, chupáos los dedos que los tenéis echando cada gota que parece una dedalada de plata.

—¿Agua? ¿Mi agua, la de mi pozo claro a donde vienen las estrellas a lavarse la cara, mi agua del cielo, ésa es la q' me pedís? exclamaba la **Empedernida** alzando sus brazos cetrinos y largos de espantajo.

—Sí, agua del cielo, la que beben las aves, la que refresca las fauces de los leones, la que fecunda la tierra, ésa es la que os pido por el amor de Aquél que también tuvo sed en el suplicio...

—Buena está la "latita", dijo otra de las lavanderas.

—Este peine, ronqueó la que no había hablado hasta entonces, cree que aquí llueve maná y que se lo debemos dar en copa de oro.

—Ya se lo voy a brindar, añadió socarronamente Maclovia. ¡Cuán horrible la ví nalgueando en dirección a la cuba en q' espumeaban las aguas con que habían despercudido las ropas!

Y como lo dijo lo hizo. Alargó con fingida bondad al hombre que la miraba tristemente un tarrito lleno de aquél brebaje nauseabundo. El caminante sediento bebió sin inmutarse. Apuró su cáliz hasta las heces: sicut **Cristus**.

Las cosas se sucedieron con tal rapidez, que no me fué posible advertir al pobre hombre los criminales intentos de Maclovia. Hubiera gritado, salido de mi escondite, caído sobre el cuello de la **Empedernida** al modo de un dogal vengador, pero era tarde: la obra nefaria se había consumado.

El viajero devolvió la vasija, secó sus labios lívidos, y después de haber cambiado un signo de dolorosa resignación con alguien que debió asomarse en ese instante a los cielos, se fué triste como la tarde, impenetrable, con la solemnidad de un dios que huye de la presencia de los réprobos.

Las mujeres, en un principio, reían con la escandalosa ebriedad de una ronda faunalia; después, observando que la ropa tomaba un tinte rojizo cual si la hubieran lavado con sangre, se pusieron a dar gritos, espantadas, persignándose con nerviosa actividad de beatas asustadizas.

Yo ví al desconocido perderse entre las fastuosidades del poniente. El sol parecía rodearle la cabeza al modo de un nimbo de fuego, y mucho tiempo quedó temblando en la atmósfera una como ceniza rosada que levantaban los pliegues flotantes de su túnica...

* * *

—¿Verdad, señora, que os ha interesado mi relato? ¿Podré decir con Shakespeare que la mujer es un manjar destinado para los dioses cuando no lo guisan los diablos?

—No, decid mejor de élla lo que yo expresó tan bien el generoso autor de ANARKOS:

en nidos de dolor será serpiente,
¡en nidos de piedad será paloma!

F. J. FALQUEZ AMPUERO.

Figulinas de mi Vitrina Sentimental

ANNELLE.—

Agua dorada su cabello.
Ojos—contraste—brun foncé.
Y en sus pupilas el destello
de un infinito no se qué.

Cuello de ánfora su cuello,
grácil el talle, lindo el pié.
Ceremoniosa tenía el sello
de una figura de minué.

Y era fantástica... Yo acaso
fuí tras la huella de su paso
como un sonámbulo Pierrot;

y al despertar de mi quimera,
pienso con pena que sólo era
mi rubia Annelle un bibelot...

MAGDA.—

Tenía la gracia sugestiva
de una muñeca de París,
y una elocuencia persuasiva
para ocultar cualquier desliz.

Era en el clave sensitiva
con el divino abate Listz,
y en la ventana pensativa
viendo caer la lluvia gris.

Lloraba a ratos o reía
según sus nervios — me decía—
y a veces muy sentimental

con sus ojeras obstinadas
y en sus pupilas dilatadas
un brillo falso y anormal.

LINA.—

Esta exquisita criatura
tenía especial predilección
por la romántica lectura
cuya heroína era Manón.

Gustaba leer versos: mixtura
de ajenjo lírico y bombón,
donde quedó más de una obscura
palabra sin la traducción.

Soñaba un novio—rubio, apuesto
que tradujera el bello gesto
de su vivir espiritual.—

Y es aun posible que hoy lo espere
en su ventana, mientras muere
la tarde gris en el vitral.

MIRZA.—

Peluca corta, quince años
y erudición muy parisina,
con prematuros desengaños
que hicieron de ella una Claudina.

Solía copiar gestos huraños
en una **pose algo felina**
y conservaba unos extraños
pomos de alquimia femenina.

En su pasión, Ella, exaltaba
el exotismo que emanaba
de aquellos pomos imprecisos...

y una mañana fué encontrada
en su camita, intoxicada,
por los traidores paraísos.

EPONINA.—

En esa extraña criatura
—flor saturada de artificio—
hincó su negra dentadura
el Maleficio.....

Por eso amaba con impura
delectación a todo vicio
y sonreía con locura
al Maleficio.....

Hasta que un día—triste y sola—
el Malo vino y libertóla
del suplicio;

y desde entonces yo interrogo
al viejo Omar con quien dialogo:
—¿Dónde se ha ido el Maleficio...?

J. A. FALCONI-VILLAGOMEZ.

TWO---STEPS

Este mundo es del diablo y de la hembra;
y cada cual cosecha según siembra.
Si buscas la verdad (lo digo en nombre
del sentido común, y sin encono)
detrás del diablo encontrarás a la hembra,
detrás de la hembra al hombre,
y trás del hombre al mono...

A. Z. LOPEZ-PENHA.